

cificaban sus amarguras y el fastidio del destierro. Deslumbrados por el esplendor de aquellas visiones semi-veladas, exhalaban dulces quejas, suspirando por la venida del grande *Iniciador*. [1] Mas nosotros que vivimos en pleno Cristianismo y participamos de sus misterios y del cumplimiento de sus oráculos, sepamos al menos adorarlos y tributarles nuestro reconocimiento,

IV.

Figuras del Antiguo Testamento que se refieren á María y convienen al Sacerdote.

Se distinguen en la Biblia dos especies de profecías: las que están expresadas por palabras, y las que lo son por emblemas. Dios, único autor de ambas, inspiraba las primeras á los profetas de Israel, cuando no las animaba por sí mismo, como lo hizo en el Eden y en el Sináí, y esparcía las segundas en la naturaleza ó en los acontecimientos preparados y gobernados por su Providencia. De este doble language, igualmente elocuente y magnífico, salió la divina luz con que fué iluminado todo el Evangelio.

No es esto una opinion, sino mas bien una verdad histórica, y en cierto modo dogmática, por que S. Pablo lo afirma doctrinalmente: "La ley antigua, dice, era enteramente figurativa" (2); era la

(1) Exod. c. 4. v. 13.

(2) 1^o ad Corint. c. 10. v. 11.

sombra de Jesucristo, "la sombra de todos los bienes que N. S. Jesucristo debía traer á la tierra." [1] Por consiguiente, de la misma manera que la sombra revela al cuerpo y lo proyecta, la luz y la copia presentan al original, así la ley antigua revelaba á Jesucristo y sus obras. Era todavía más, porque subsistiendo la luz, la sombra representa al cuerpo sin explicarlo, mientras que la ley antigua enseñaba y explicaba á Jesucristo, como un pedagogo que explicara una teoría científica antes de su aplicacion. Este es el pensamiento de San Pablo: *lex paedagogus noster fuit in Christo*. (2)

No pudiendo, pues, por las razones expuestas, ser separada María de su Hijo en la realidad, tampoco lo puede ser en la figura. Tal es el sentimiento de todos los Stos. Padres y de todos los Doctores de la Iglesia, por que sus homilias sobre los misterios relativos á la Madre de Dios, están llenos de estas semejanzas y armonías bíblicas.

Uno de los bellos genios de la brillante época teológica, Alberto el Grande, ha recogido en su *Biblia Mariana* un gran número de aquellos textos, profecías, alusiones, comparaciones símbolos é imágenes que se refieren á María y constituyen, por decirlo así, su fisonomía en su conjunto y detalles: tesoro precioso, corona espléndida trenzada por la ciencia á la Reina del Cie-

(1) Heb. c. 10. v. 1.

(2) Galat. c. 3. v. 24.

lo, y de la cual desprendéremos algunas flores, con las que trezaremos tambien, pero con títulos análogos, la corona del sacerdocio cristiano.

María fué primeramente simbolizada por el arca de Noé flotando sobre las aguas diluvianas, y llevando en su seno todo lo que quedaba del género humano. En efecto, si la especie humana se salvó del exterminio completo por el arca, ella fué salvada por María de un diluvio no menos terrible, del de la corrupcion del pecado y de la muerte; con esta diferencia, que pocas personas se salvaron en el arca, y todo el mundo, sin excepcion, puede salvarse por María. [1]

Alberto el Grande, San Buenaventura y otro gran número de autores, descubren en María la paloma, que puesta en libertad por Noé, le lleva el ramo de olivo, signo evidente que la prueba tocaba á su fin, y que la paz se habia hecho entre el cielo y la tierra. Sea pues en el arca, sea en la paloma del arca, el espíritu cristiano comprende muy bien el paralelo con la Virgen, salud del mundo, de la Iglesia y del ministro de Jesucristo.

En el cataclismo moral que amenaza tragarse á la sociedad contemporánea, en la opresion ya comenzada sobre la conciencia, sobre las ideas justas, sobre las creencias religiosas, sobre las nociones tradicionales del bien y del mal, en una palabra, sobre todo

lo que constituye el alma y la vida de un pueblo, nadie se salvará sino aquel que se adhiera al manto sagrado del Sacerdote, que abraza su doctrina, que se refugie á su casa; porque el manto sacerdotal es el estandarte de los nobles combates; la doctrina sacerdotal es el pan de la verdadera ciencia, el Verbo de la Vida; la mision sacerdotal es la Iglesia construida sobre el granito: *super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam*.

(1) El aquilon puede soplar, el torrente de las pasiones puede desencadenarse, pero ninguno prevalecerá, porque así está escrito: *Non praevallebunt adversus eam*. [2]

Fuera de esta arca santa, solo tinieblas y muerte; pero con Ella, y por Ella, luz y vida. Ved pues la ley de la salvacion social expresada por un símbolo: á Cristo por María: á Cristo y á María por la Iglesia: á la Iglesia por el Sacerdote: *Sicut per arcam Noé etc.*

El sacerdote no es menos la paloma llevando el ramo de olivo, emblema de la paz. Trabajar sin descanso en hacer de los hombres una sociedad de hermanos, en establecer por todas partes la armonía de los corazones, la comunión de las almas, ¿no es la mision especial que ha recibido de su divino Autor, de aquel que se intitula mil veces en los Libros Santos, el Dios de la paz? [3] que no ha venido

(1) S. Mat. c. 16. v. 18.

(2) Ibidem.

(3) Corint. c. 19. v. 33.

(1) S. Bernard. B. V. M. 6.

sobre la tierra, sino para predicar la paz? [1] que decia un dia á sus apóstoles: al pisar el suelo de cualquier país, "que vuestra primera palabra sea de paz?" [2]

Digámoslo ya para gloria de Dios y honor del sacerdocio: nunca misión alguna fué mejor comprendida, ni más amorosamente cumplida. Interróguese á la historia. En las horas más turbulentas y más sangrientas, la Iglesia jamás abrió la boca sino para cantar la paz, para celebrar sus esplendores y beneficios, para introducirla y mantenerla en el seno de la humanidad. No hay ni un país, ni una época en donde, semejante á la paloma de la arca, no aparezca el sacerdote con una rama de oliva en la mano: es en todas partes, y siempre. Con este símbolo divino de qué está armado, se presentó ante sus verdugos en los circos y en los anfiteatros romanos, cuando como para civilizarlos, ante los bárbaros detuvo el *Azote de Dios*, [3] presto á caer sobre la civilización italiana: cuando fijó en el seno de los mares los límites del imperio de las Indias entre dos formidables rivales. ¿Qué clase de estandarte, de tan nuevo género, es este que derrepente ondea al través del humo del cañón, entre los horrores de una lucha fratricida? ¿quién es el temerario que lo lleva como una visión celeste,

(1) Efesos. c. 2. v. 17. M. 2. (1)

(2) S. Luc. c. 10. v. 5. (2)

(3) A Atila, rey de los Hunos. (3)

ante los ojos feroces de los que luchan, ebrios de cólera y de sangre? Esta oriflama ha sido siempre el signo de la paz, la oliva de la paloma; y el temerario entonces es el ángel de la Iglesia de Paris, el gran Pontífice, digno discípulo de su divino Maestro, entregándose á la muerte para apartarla de sus hijos. [1] Estos recuerdos tan tristes así como tan gloriosos y dulces, recuerdan otro no menos querido en el corazón de los franceses: el del agosto y santo anciano del Vaticano, que al fin del horrible duelo, en que la Francia debía salir empobrecida y mutilada, tuvo el valor de levantar la voz para impedir la carnicería y conducir á dos pueblos extraviados á la fraternidad evangélica. [2]

(1) Monseñor Affre, Arzobispo de Paris, herido de una bala sacriliga sobre una barricada del barrio de San Antonio en 1848. El Martirologio parisiense, tan escandalosamente renovado en otra circunstancia, no se ha cerrado todavía. Otro Arzobispo, otros miembros del clero secular y regular, todos apóstoles de la misma causa, y víctimas de las mismas pasiones, han teñido de nuevo con su sangre el pavimento de la antigua capital. En este juego sangriento, ¿quién se cansará primero, la revolución que degüella, ó el sacerdocio degollado? La revolución. Ella terminará por convercerse que no se reduce á un clero que mira al Calavrio como el escalon del Tabor.

(2) Este grande acto de amor de Pio IX por la Francia, ha pasado desapercibido. A título de compensación, tal vez,

Por doquiera y siempre el sacerdote ha sido el mensajero de esperanza y paz. En el interior de los hospitales, como en el campo de batalla, en los calabozos donde se expia el crimen, como en la choza donde sufre el indigente, su solo aspecto produce la calma é introduce entonces dulces pensamientos en los corazones lacerados y entristecidos.

Otra figura bíblica en la que muchos autores encuentran á la Virgen María, es la misteriosa escala que el patriarca Jacob vió en sueños, juntando al cielo con la tierra. Bajando, traían los favores del cielo á la tierra; subiendo, llevaban las lágrimas y los votos de la tierra al cielo. Por María, en efecto, Dios se ha inclinado hasta el hombre y el hombre ha podido elevarse hasta Dios. (1) ¿Y no es idéntico el espectáculo que ofrece á nuestra vista la fé del ministerio sacerdotal? Terrestre por su naturaleza y enfermedades morales, celeste por su carácter y su misión, el sacerdote es el punto de unión entre Dios y el hombre. En su corazón compasivo es donde vienen á pasar las confidencias del dolor hu-

mano: la oración del sacerdote las lleva sobre sus alas hasta lo alto de la escala misteriosa donde alcanzan consuelo: despues vuelve á bajar con la respuesta de Dios para volver á subir, en arranques sublimes, y descender despues en lluvia de gracias y bendiciones.

— Cuando está uno penetrado de esta verdad de nuestra fé se comprende una palabra muy enigmática de Isaías, cuyo sentido ha embarazado á más de un traductor. Queriendo pintar la cólera del Señor, el profeta nos lo representa pronto á quitar á su pueblo *el hombre sabio del lenguaje místico* [1]. A ¿quién queria designar por esta singular locucion?— Al hombre de oración, es decir, al Sacerdote; porque ha sido consagrado para orar, en lugar de los que nunca lo hacen, para derramar lágrimas de arrepentimiento, en lugar de los que nunca se arrepienten, y para dar gracias, en lugar de los que nunca las dan. Que el hombre de oración, que el Sacerdote—verdadero pararrayo fijado en el seno de la humanidad—desaparezca de este mundo, el mundo se convertirá instantáneamente en un montón de humeantes ruinas, horrible mezcla de sangre y lodo.

San Buenaventura, San Bernardino de Sena y San Andres de Creta, comparan la Virgen á la columna de nube que condujo á Israel al través del desierto, templando los ardores del sol durante el dia, y cambiándose en co-

(1) Entre los autores que dan esta interpretación, citemos á Alberto el Grande. *Biblia Mariana*, genes. n. 24.—S. Andres de Creta, orat. 2.—S. Juan Damasceno, *Orat. in Assump.* S. Cirilo, que dice: *Per eam enim descendit Filius Dei ad nos, et nos per eam ad eum.*

(1) Isaías, c. 3. v. 3.

lumna de fuego durante la noche para esclarecer su camino. [2]

La vida, en efecto, á pesar de la opinion de los felices, es para la masa de los hombres un verdadero desierto que es necesario atravesar para llegar á la tierra prometida: de aquí nuestro nombre de viajeros y peregrinos. De todos los desiertos, ella—la tierra,—es ciertamente la más penosa, la más peligrosa. ¿No está surcada de abismos que la tentacion multiplica á cada paso, abismos tenebrosos y bocas prestas á devorarnos? Mientras que la muerte nos acecha por debajo, por encima se cierne, de una manera constante, sobre nuestras cabezas la espada vengadora de la justicia divina, aguzada sin cesar por nuestros crímenes é ingraticudes. Pero ved que al encuentro de tan terrible espada, viene María, nube benéfica, que se interpone entre nosotros y aquella para preservarnos de sus golpes notables; que viene al encuentro de las tentaciones y de sus tinieblas homicidas; tenemos á María nube luminosa que esclarece nuestra libertad, y nos dirige en el camino de la vida. Y la mision del sacerdote ¿qué otra cosa es en la Iglesia militante, sino realizar el sentido de este doble símbolo? Apenas asoma el hombre en el suelo de su desierto, es decir en esta vida pasagera, segun el pensamiento del Cardenal Berulo, cuando el Sacerdote le sale al encuentro para conducirlo y protegerlo en su peregrinacion:

(1) S. Buenav. Specul. B. V. M. lect. 3.

inclinado sobre la cuna del infante espia los primeros movimientos de su espíritu para esclarecer, con la luz divina, las primeras palpitations de su corazon; para dirigirlo hácia el bien.

Crece el infante y deja al Sacerdote, pero éste nunca lo abandona: le sigue por doquiera como una madre; y cuando no puede ya ser su nube en las horas terribles de las pasiones, ni su columna de fuego en la noche opaca de la duda, entonces su ternura se manifiesta con los servicios que le presta por la oracion, y así su corazon, en defecto de sus ojos, lo busca, lo vuelve á encontrar en el laberinto donde se extravía, y en los abismos adonde va á precipitarse: *Per diem in columna nubis et per noctem in columna ignis.*

(Continuará.)

DEFUNCIONES.

Los dias 5 y 18 del presente, han fallecido en esta capital, los Señores Curas propios, en la primera fecha, el de Tototlan, D Vicente Araiza; y en la segunda el de Mexicalcingo, D Antonio Urzúa. R. I. P.

Ambos fueron socios de la confraternidad de Nuestra Señora de la Rosa. Se participa á los cofrades para el objeto de los snfragios que les corresponden.

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

Tom. 3. Guadalajara, Febrero 8 de 1881. NUM 13.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

"CARTA

de Su Santidad Leon XIII al Arzobispo de Paris.

A nuestro querido hijo Hipólito, Cardenal Presbítero de la Santa Iglesia Romana, Arzobispo de Paris: Leon XIII Papa.

Querido hijo, salud y bendicion apostólica:

Nos hemos enterado con gusto de las cartas que habeis dirigido al presidente de la República, al Presidente del Consejo de ministros y recientemente al ministro del Interior, acerca de los decretos publicados el 29 de Marzo contra las Congregaciones religiosas que no tienen lo que se llama reconocimiento legal.

Esas cartas son un honroso testimonio de vuestra firmeza, y demuestran que

sabeis unirla á una gran caridad, con el acento de franqueza y moderacion con que patentizais que donde quiera que existe la libertad de la Iglesia, las Ordenes religiosas nacen y se forman espontáneamente, como otras tantas ramas adheridas al tronco de la Iglesia, de donde toman su origen, y las comparais además con razon á milicias auxiliares necesarias en nuestra época, y cuyo celo y actividad prestan á los Obispos un auxilio tan oportuno como preciso, tanto para el ejercicio del ministerio sagrado, como para el cumplimiento de las obras de caridad para con el prójimo. Haced igualmente resaltar con evidencia esta verdad: que no hay ninguna forma de gobierno de que las Congregaciones religiosas sean adversarios y la rechacen; pero que por otra parte, la paz pública está altamente interesada en que tantos ciudadanos inofensivos conserven la completa libertad de vivir tranquilos y sin ser molestados; y finalmente, que los hombres políticos celosos del bien público, deben evitar el hacer ver que rompen con la religion de todo un pueblo, y el perseguirla, como lo harian los enemigos de la fé